

EL ZURRIAGO

VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes!

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y á quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea.



AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION. } Un año. . . . 3,00 pesetas
} Un semestre . . . 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS } Precios convencionales. La co-
} rrespondencia al Administrador. | NUM. 18

Pravia 1.º de Junio de 1902

CARTAS Á UN OBRERO

—:—:—

XIV

Mi querido X: Confirmando las observaciones que te hacía en mi anterior, y que supongo tendrás presentes, como te encargué, empiezo repitiendo que los demagogos, los charlatanes anticatólicos, que quieren corromperos, nada saben contestar á la pregunta sobre las desigualdades que se observan en la humanidad, si no es echarlo todo á barato y entregaros al motín y á la desesperación y al pillaje. Y que en cambio los católicos podemos responder, con la visión de que nos habla Argentola, que eso se explica porque no es la tierra el centro de las almas. Y eso mismo es lo que os contesta la Iglesia, haciéndoos más soportables los trabajos que bueno sería disminuir en gran manera, pero que son necesarios, contra los cuales nada podemos, pues ó ellos subsisten ó nos convertimos en salvajes completos.

Cuando nos vemos agobiados por nuestros trabajos y ambicionamos la supuesta felicidad del rico, que tal vez sea más desgraciado que nosotros, preguntemos á la Iglesia de Cristo el por qué de esa desigualdad, siendo los hombres iguales por naturaleza, como tales hombres, y nos contestará también: ¡Ciego, acaso naciste sólo para los goces de este mundo, como las bestias? ¡Acaso es la tierra el centro de las almas? ¡Acaso crees que un alma como la tuya, para la que son estrechos los límites del mundo, no tiene derecho á mayor felicidad que á la felicidad material que producen las riquezas, si es que siempre la producen pues muchas veces el rico se cambiaría gustoso por uno de nosotros? Para cosas mayores he nacido, decía

con cierto orgullo un gran filósofo pagano y español. Para cosas mayores he nacido, debes decir tú, á quien ya fueron predicadas las enseñanzas admirables del Evangelio.

En efecto, para entender la situación de los hombres y sus desigualdades de todo punto necesarias, es preciso partir de la verdad segunda, ya suficientemente demostrada, y que esas mismas desigualdades demuestran, para que la igualdad triunfe entre nosotros. Esta gran verdad, que no depende de nuestras negaciones y que será verdad aun cuando la nieguen los hipócritas que seguramente creen en ella tanto como el primero, pero á quienes interesa negarla, no sólo explica las desigualdades que no podemos impedir, sino que nos hace mucho más soportables; y por eso te decía que la Iglesia (aparte de lo que trabaja por mejorar vuestra situación) es la única que puede proporcionaros relativa felicidad, la capaz de hallarse en este mundo.

Después de esta vida miserable, tendremos otra que comienza después de la muerte, donde no habrá distinción de ricos y pobres, de obreros y de patronos, donde no existirá otra desigualdad que la procedente de nuestros méritos respectivos. De nada servirán allí al rico sus riquezas, si no se valió de ellas para compartirlas con el pobre, y en cambio á éste se le remunerarán abundantemente sus trabajos. Después del pecado original, que sólo puede ser negado por los fanáticos, que no discurren, pues sin él la vida humana es un horrible misterio, después y como resultas del pecado original, esta morada sobre la tierra es morada de lucro y sólo los que saben aprovecharse de las buenas obras llegarán á la felicidad para que fuimos criados. Y á este fin llega lo mismo el rico que el pobre, antes éste con más felicidad.

Algunos obreros, de esos desgraciados que dan más crédito á las impiedades de un solemne majadero que á lo que les enseñan la

razón y sus mismos sentimientos, acaso se burlen de estas verdades, pero no me causaré de repetir que las cosas existen independientemente de nuestras negaciones. La vida futura existe, y en ella triunfa la igualdad. Basándose en estas verdades la Iglesia nos hace muy llevaderos los trabajos de esta vida.

Continuaré sobre esto. Procura conservar estas cartas para poder apreciar en conjunto todo el razonamiento, que me veo precisado á dividir por falta de espacio.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

SOCIALISMO VERDAD (1)

Las aptitudes son de cuerpo ó de espíritu, ó de los dos elementos combinados, pero predominando uno de ellos. Pues bien; el que tenga fuerzas de espíritu para ejercer profesiones de las que se reputan más brillantes, y en consecuencia resultan, aunque no siempre, más honrosas y lucrativas, ejerzala en buen hora, con tal que la ejerza según ley y conciencia, pues en este caso siempre resultará en beneficio de todos; pero el que carezca de estas disposiciones, resignese á ejercer las fuerzas del cuerpo en el cultivo del campo ó en un oficio mecánico, sacando de él el mejor partido posible. Querer someternos á todos á esta clase de trabajos á pretexto de que son más penosos y no hay razón para que los toleren unos y no otros, sería tan absurdo como encargar á un ciego de dar lecciones de perspectiva y colorido; porque hombres de extraordinario mérito que en la esfera de sus facultades hacen verdaderas maravillas, y son gloria de la humanidad, acaso no soportarían por espacio de una hora aquellos otros trabajos, y además resultaría inútil su sacrificio,

(1) Véase el número anterior.

porque los harían mal. El igualitarismo que á los trabajadores inculcan algunos falsos apóstoles de su clase es completamente utópico, y algo más, porque es contrario á la naturaleza. La igualdad sólo es posible en el sentido en que la entiende y la predica la doctrina católica: en cuanto, á los constitutivos esenciales de nuestro ser, pues son los mismos en todos; en cuanto al origen, pues todos venimos de Dios, que nos hizo á imagen suya; en cuanto al fin último, pues es para todos el mismo, y de él á nadie se excluye; en cuanto á los medios para realizar este supremo fin, pues á todos se conceden los necesarios y á todos se imponen las mismas condiciones; ante Dios, que no es aceptador de personas, sino de sentimientos y obras, y por los sentimientos y por las obras pueden tener mejor aceptación los pobres y los humildes, que los sabios, ricos y poderosos; ante la ley, en fin, que por todos debe ser igualmente observada, y á todos debe ser aplicada con la más estricta imparcialidad y justicia. Pero fuera de esto ¿quién puede dejar de reconocer la gran diferencia que hay entre personas y personas, y la gran variedad de funciones que en la sociedad han de ejercer según la diferencia?

Todo esto no quiere decir que los que tienen necesidad de dedicarse al trabajo material para ganarse honradamente la vida deban permanecer siempre en la misma situación, pues es bien sabido que si arriba hay muchos que se han encaramado en altos puestos sin méritos para conseguirlos y sin aptitudes para ejercer debidamente los cargos que les están anejos, muchos también hay abajo que merecen ser encumbrados, ó por lo menos les es permitido intentarlo. La Religión aconseja la resignación en la fortuna adversa y en todas las situaciones amargas de la vida, pero no la impone sino en cuanto se opone á la desesperación y significa el acatamiento de la voluntad divina. La Religión no condena al que por medios decorosos se eleva desde el grado infimo

de la escala social hasta la cumbre de los honores. Precisamente la Iglesia Católica ofrece los más notables ejemplos de esos encumbramientos, porque ella practica sin alardes la más pura y legítima democracia, y así se complace en ayudar á subir á los hijos del pueblo, abriéndoles el camino y proporcionándoles medios que el mundo vano y corrompido les niega.

Tampoco, mucho menos aun, queremos decir que las clases trabajadoras deban soportar sin quejarse las injusticias y crueldades de que á las veces son víctimas, ya consistan en la dureza y exceso de trabajo, ya en la mezquindad y desproporción del salario, ya en la desconsideración moral con que algunos tratan á los trabajadores, ya en el peligro á que temerariamente se les expone, etc. Respecto á esto dejamos á salvo todos los derechos que á los trabajadores puedan asistir, porque una vez más protestamos de que no tratamos de defender la causa de las clases acomodadas contra los trabajadores, sino de defender á los trabajadores contra el peligro de extravío moral y religioso á que están expuestos con motivo de sus reivindicaciones. En todo caso defendemos la causa de la justicia y la del orden social, y por consiguiente la de todos.

Pero en lo que se refiere á las justas reivindicaciones, ó más bien á las pretensiones legítimas de los trabajadores, nos es imposible entrar en detalles y dar reglas prácticas, porque esto requiere un estudio aparte y de otra índole, que no es de nuestra competencia. Para esto sí que conviene apelar al auxilio de sabias disposiciones económico-legales y de reglamentos apropiados á la índole del trabajo; pero bueno es advertir al mismo tiempo que si la Religión no entra por base, nunca los otros medios tendrán verdadera eficacia.

Que era lo mismo el ofrecer incienso
En honra del partido socialista
Que adorar la cara á un vigilista
Ó merendarte un pienso?
¿No echas de ver tú mismo las razones
Por las que son, Martín, barbaridades
Dignas de mil y pico de canciones
Tus tontas Alusiones,
Tus Solidaridades?
Y di, Figaro, triste,
¿Quién te ha inspirado aqueso?
¿Y cómo luego, ¡ay tonto!, lo escribiste?
¿Y no temiste, amigo, y no temiste
Que te llevarán preso?
¡Ay Martín desgraciado!
¡Ay Sáenz infelice!
¡Ay rapabarbas pobre! ¡ay desdichado!
¿Cómo es posible, di, que tu fregado
No te aturulle, achoche y horrorice?
¿Y aquesos parroquianos
Que rasuró hábilmente tu navaja
Y que á ganar te ayudan, con tus manos,
Como tu mismo dices, para granos,
O mejor, para paja,
No ves que irán tu casa abandonando
Por miedo á tu torpeza,
Pues temerán que al irles afeitando
Te puedas ir ¡ay loco! entusiasmando
Y á lo mejor, les cortes la cabeza?
¿Acaso no hay en Mieres quien escriba,
Si tú no te desbocas?
¿No ves del sabio Juan la pluma activa?
¿O es que te dice á tí la estimativa
Que puedes ser mas grande que el gran Trocas?
Coge, compadre, coge esa navaja
Que tu patrona misma te presenta,
Por ver si así te ganas para paja;
Afeita, riza, corta, pela, raja
Y deja al pobre Trocas de mi cuenta.
La cosa está que arde
Y si, dejando mi consejo á un lado
Vuelves á hacer de tu estulticia alarde,
Cuando el dolor te abruma, será tarde,
Pues ya estarás, Martín, despampanado.
Nunca te metas, nunca, en más honduras.
Echa de tí tan malos pensamientos.
Déjate de locuras
Y has de seguir con tus jabonaduras,
Que lo demás son cuentos.
Ya estás bien avisado,
Ya he mi deber cumplido y así espero
Que nunca vuelvas al social fregado,
Que no podrá además ser un letrado
Quien como tú, nació para barbero.
Si al escribir esperas, inocente,
Que entre los nombres más morrocotudos
El tuyo ocupe un sitio preferente,
Has de saber que aqueso solamente
Lo lograrás comiendo sapos crudos.
Si escribes porque acaso
El enemigo Satanás te tienta,
Por ver si das con eso algún mal paso,
Por Dios no le hagas caso,
Que á lo mejor te pillará y te revienta;
Y si, por fin, escribes, majadero,
Porque Manolo el Pisco te engatusa
Con un querido sabio y compañero
O bien te ofrece el pícaro dinero
Y de tu tanta sencillez abusa,
Haz el favor entonces de avisarme
Y, si es que en eso pierdes una mina,
Porque te ganes otra al agradarme,
Cuando me vaya á Mieres á afeitarme
Ya te daré dos cuartos de propina.

bre capaz de trocarse, á las primeras de cambio, en una fiera que crispando las garras, echando centellas por los ojos y espumarajo por la boca, se encara con los directores, ó lo que sean de la fábrica de pólvora de Cayés, y les llama, con toda la crudeza de que es capaz un hombre... así como Vigil, miserables que vienen explotando horriblemente á los obreros; hombres desalmados; gentuza infame; seres abyectos; soez canalla; y encanallados lacayos y explotadores.

¿Eh? ¿Qué tal?
Ahora digan ustedes que el flamante concejal es incapaz de romper un huevo si lo encuentra en el camino...

¡Claro! ¡Se lo tragará entero y sin cascar!

Poró á todo esto, ¿saben los lectores qué es lo que así ha puesto en el disparador al Jefe del socialismo asturiano?

La cosa en verdad no era para menos...

Los operarios de la fábrica de pólvora de Cayés se han declarado en huelga.

Y en esto yo no sé si han obrado bien ó mal; desconozco los motivos que les impulsaron á tomar tan extrema y grave determinación.

Lo probable es que hayan hecho mal; porque tales se van poniendo las cosas, y tan desatentados andan por lo general los obreros que á priori, en muchos casos, se les puede ya condenar sin oírlos.

Andan mal dirigidos: y dime con quién andas, que yo te diré quién eres.

Pero ello es que el Director de la Fábrica de Cayés ochó mano de los oficinistas y otros empleados á sus órdenes, para trabajar en los molinos, y los molinos seguían funcionando á despecho de los antiguos obreros.

Que esto molestaría á los huelguistas, se comprende, y á nadie seguramente sorprenderá que quien se ha puesto en la pendiente intente recorrerla toda.

Lo cierto es que un día, á primera hora de la mañana, antes de comenzar la faena ordinaria, aparecieron colocados varios fulminantes en los molinos en que aquel mismo día iba á melorse la pólvora, con lo cual dicho se está que de no haber advertido á tiempo el peligro, hubiera ocurrido allí una explosión horrorosa, una verdadera hecatombe.

¿Fue una mano criminal la que colocó allí los fulminantes, para vengarse así traidoramente, del personal que sustituía á los huelguistas en la Fábrica de Cayés?

Así parece indicarlo el rumor público, y así lo sospechan las autoridades que han detenido á varios huelguistas de los más significados.

Y difícilillo me parece que haya quien pueda presentar en contra de esta presunción un argumento que merezca nombre de tal.

Pero Vigil que discurre con los pies, lleva la contraria y se re-

vuelve furioso contra los directores de la fábrica, y casi, casi, contra las autoridades también, porque dan oídos al rumor público.

¡Claro que La Aurora tenía que hacer su papel en esta ocasión; pero tan bien lo quiso hacer que se excedió á sí misma. Salió de madre y lo echó á perder.

Ahí, compañero Vigil, no caben proposiciones absolutas, hay que buscarlas en todo caso hipotéticas.

Un quién sabe, un pudo ser, un quizá, cuajarian perfectamente para la defensa de tus patrocinados.

Pero eso de echar por las de Pavia y tirar al monte así porque sí sin otras pruebas ni argumentos, es poner las cosas en peor estado, y hacer más creíble lo que ya no lo era poco, antes de la desatentada defensa de La Aurora.

De todos modos hacemos votos, como los hace Vigil, porque los bárbaros autores del plan fracasado vayan á la cárcel amarrados codo con codo.

Y más fervientes votos hacemos todavía por que, si esas manos criminales tuvieron instigadores, vayan éstos no á la cárcel, sino al palo á pagar con el pescuezo su perfidia incomparable.

Por lo demás eso de sacar los registros gordos y con cuatro desplantes pretender que se crean ciertas cosas sólo por la cara feroche de quien las dice es recurso viejo y mandado retirar.

Cabe en lo posible que no hayan sido los huelguistas quienes pusieron los fulminantes en los molinos de Cayés.

Pero es muy probable que alguno de ellos, ó de sus defensores haya sido efectivamente el criminal que intentó plan tan diabólico.

Y en hacer creer lo contrario no se cansen los socialistas ni sus defensores; porque perderán lastimosamente el tiempo.

Es decir, Vigil no lo pierde. Hace su juego que es lo que le importa.

LO DE CAYÉS

¿Cómo viene La Aurora del domingo pasado, cielo santo!

Aquello ya no es una escupidura... es un bacín enorme.

La indignación de Vigil ante lo que pasó en Cayés llega al paroxismo.

Y aquí de la pregunta del gallego: ¿Vusté é tollo ou faise, señor?

Aunque tengo para mí que la enritación esa del leader es de boquilla, y que el endino á pesar de los sapos y culebras que echa por aquella boca contra los directores de la fábrica de pólvora de Cayés, no perdió el sueño ni las ganas de comer, cuando supo la que pasaba á los huelguistas.

Eso sí, el papel lo hace á las mil maravillas, para que le crean.

Nadie que conozca á D. Miguel Vigil, digo á D. Manuel Lavín, diría que aquella suavidad, aquella dulzura, aquellas maneras finas y comedidas, ya proverbiales en el leader, fueran propias de un hom-

ODA DESPAMPANANTE

SEGUNDA SERIE
V

En honor del ilustre escritor Martino Sdem.

A tí, Martín querido,
A tí, horroroso y bárbaro barbero,
Es á quien hoy regalo un recorrido,
A tí, famoso genio esclarecido,
Es á quien hoy mi canto endosar quiero.
A tí, que en tu famosa barbería,
Mientras al cliente estabas jabonando,
Tu pensamiento viste que ascendía
En alas de tu ardiente fantasía
Por la región de tu ideal volando.
A tí, ilustre bodoque,
Que al parecer escribes por el arte
Del gran Birliriloque,
A tí, pedazo horrible de alcornoque,
A tí voy á cantarte.
Tú, bárbaro, tú has sido
El infeliz zoquete que en La Aurora
Dos disparates fieros ha escrito,
Y, pues que tal pecado has cometido,
Debes sufrir la penitencia ahora.
Mas como sé también seguramente
Que, aunque esas líneas escribió tu mano,
Lo hiciste tontamente,
Hoy te daré un aviso solamente,
Hoy no te despampano.
Bien puedes, pues, Martín, regocijarte,
Mas, si esta vez mi pluma te perdona,
Como me obligues otra á celebrarte,
Tan gran cantazo habré de propinarte
Que más corrido quedes que una mona.
¿Pensaste gran... rapista

LAS ELECCIONES DE MIERES

Aquello estuvo atroz.
No se registra caso igual en los fastos de la historia socialista.

¡Pobres socialistas!
Miren ustedes que tiene perendengues arrebatables tres actas de concejales limpias como tres patenas, que en honrosa lid habían ganado, luchando contra fusionistas y republicanos unidos!

¡Palau, Adauto y Román Díaz! hé ahí tres nombres que seguramente pasarán á la historia, y ocuparán en ella página gloriosa.

Tres lumbreras económicas, muertas alevosamente para el concejo de Mieres por obra y gracia de un monumental pucherazo dado á tiempo y con fortuna.

Que ahogaran á Adauto, que reventaran á Román ¡vamos! pase.

Al fin y al cabo son socialistas del montón á quienes un alcalde algo ducho manejaría á su antojo haciéndoles decir que sí, cuando ellos quisieran decir no.

Pero jugársela á Palau, el de las drogas, aquél que con tanto entusiasmo juró la

bandera socialista, á condición, cuando menos implícita, de que los obreros no tuvieran más Dios por boticario que á don Francisco...

¡Jugársela á él que hasta renegó de la fé católica y enterró civilmente á un hijo suyo por salvar su situación económica y dar vida á su oficina de farmacia!

¡Vamos! Eso es el colmo. Un hombre que así entiende el negocio y tan bien sabe administrar su hacienda, era indudablemente una adquisición para el Municipio de Mieres.

La administración municipal tomaría nuevos rumbos sobre todo en la sección de específicos para enfermos pobres...

Pero nada los mangoneadores del común Mierense vieron la cosa de otra manera y ¡zapatín!

¡Claro! Con esto los socialistas pusieron el grito en el cielo y piés en polvorosa para ir á protestar ante el Gobernador, que es lo mismo que si ladraran á la luna.

¡Apelar al Gobernador! Como si apelaran á Poncio Pilatos.

Pero dirán los socialistas; eso es indigno, eso no tiene nombre.

Y EL ZURRIAGO les responde: sí, eso tiene nombre; eso se llama D.^a Sinceridad electoral.

Sinceridad que no cambia; es siempre la misma, sobre que unas veces la practican los conservadores, otra los fusionionistas, y otra los republicanos.

De los socialistas no se puede decir otro tanto porque todavía no les tocó coger la sartén por el mango; si la cogieran les aseguro á ustedes que habrían de ser tan finos y tan escrupulosos como los demás.

Y si no, que lo diga Trocas.

El cual en un momento de expansión con sus amigos, hablando de las elecciones que iban á verificarse, dijo en tono arrogante al par que amenazador: «En último término, EMBORRACHO sesenta obreros y ya veremos quién gana las elecciones...»

Esto es rigurosamente histórico. Con que ahora que me vengan los socialistas con su puritanismo electoral, y su respeto á la ley.

Es decir que si los socialistas viesan que la elección iba mal para ellos, arman la gorda, y por la fuerza... del vino triunfaban.

¡Y se quejan ahora de que los demócratas hayan hecho también una de las suyas para salvar sus candidatas.

Cuando pasan rábanos comprarlos, que aquí tan bueno es Febrero como su compañero.

¡Ah! Esto que dijo Trocas de emborrachar á los obreros de Mieres para ganar las elecciones, que no lo sepa Vigil.

Ya saben ustedes que ha declarado la guerra á la taberna, y tendría un disgusto si supiera... que un correligionario de la talla de Trocas se le burlaba así en las barbas, de sus predicaciones.

Por lo demás duermen tranquilos los obreros, y no se preocupen mucho con eso de las elecciones.

Para ellos habla de ser lo mismo, exactamente lo mismo, siendo concejales Palau, Adauto y Román, ó siéndolo Perico de los Palotes.

¿Qué han conseguido los obreros de Oviedo con tener allí dos concejales?

Que éstos se den pisto y se codeen con los burgueses á quienes aparentan odiar tanto, y... páre usted de contar.

En cambio las molestias y gasos que se les originaron á los mierenses el día que vinieron á Oviedo á protestar ¿quién se los repara?

Un solo día de paro general en Mieres representa la pérdida positiva de muchos miles de pesetas que ya no vuelven para los pobres obreros, quienes seguramente verán la falta de ese jornal al recibir la paga de la quincena.

Y será posible que por satisfacer las ambiciones y amor propio de cuatro gandules vayan de reata tantos infelices obreros, y se impongan tantos sacrificios, sin advertir que la esclavitud que hoy les ig-

ponen en los centros socialistas es mil veces más ominosa y despótica que la que antes tenían viviendo sin asociarse?

¡Alerta obreros! Que vuestra emancipación no ha de venir por el lado que la buscáis.

No mantengáis vagos, y vividores de oficio, llámense Luises ó llámense Manolos.

El que no tiene oficio ni beneficio, y vive de señor, echándose de amigo de los obreros, y su defensor, ese es vuestro más encarnizado enemigo, es vuestro explotador.

¡Fuera con él!

Los que quieren ser concejales para ir al Ayuntamiento á mangonear y darse tono, que vayan en buen hora; pero no á costa de vuestro sudor, y del pan que debéis ganar para vuestros hijos.



Cazando gazapos

Pues, señor, estos republicanos son divinos.

Quiero decir deliciosos, encantadores. Sobre todo, los que gastamos aquí por Asturias y llevan la voz cantante del partido, son superferolíticos, verdaderos fantoches capaces de hacer reír á los que lloran en un entierro.

Se aman con delirio; y para socorrerse mutuamente han creado una sociedad de bombos mutuos en virtud de la cual lo que dice Pedro lo aplaude Juan, siempre que la ocasión se presenta. (I)

Por lo ¡oh dolor! los pobrecitos sufren descuidos á cada paso, y entonces se presentan ante el público en completo desacuerdo.

Sus escritos se dan de cabezadas, y cuesta un ojo de la cara concordar sus lucubraciones.

Ayer era Melquiades Alvarez el que decía á los socialistas:

La clase obrera sólo alcanzará el poder al amparo de una república francamente democrática.

Y hoy en el mismo periódico, en la misma plana y casi en la misma columna es D. Adolfo Posada, quien nos dice que en Bélgica:

es al fin y al cabo... el país donde acaso ha alcanzado mayor progreso la ordenación legal del trabajo, mediante la constitución de los Consejos en las diferentes especies industriales con que cuenta aquel pueblo tan culto y tan eminentemente progresivo.

¿En qué quedamos insignes sociólogos?

¿Es, ó no es, la forma republicana la única que por su virtualidad puede salvar al proletariado?

Si lo es ¿por qué en Bélgica ha alcanzado mayor progreso la ordenación legal del trabajo, según dice Posada, siendo así que allí impera el régimen monárquico?

¿No nos dicen ustedes, inconscientes literatos, que la monarquía oprime, esclaviza y empobrece á los pueblos?

¿Cómo, pues, se atreve todo un pedagogo, del fuste de Posada, á llamar pueblo culto y eminentemente progresivo al pueblo belga, que según sus doctrinas (las del propio D. Adolfo) debía ser un pueblo eminentemente retrógrado y oscurantista?

¿O es que las predicaciones de los sabios extensivos de la Universidad de Oviedo son pura falancia que hay que tomar siempre á beneficio de inventario, y á reserva de lo que después resulte?

Si así sucede no debe extrañar Melquiades que los socialistas se escamen de sus reclamos y digan:

(1) A propósito. En esta redacción se halla hace tiempo, á disposición de su dueño, un bombo de extraordinarias dimensiones encontrado en la calle del Progreso, de Oviedo.

Lleva en la caja un escudo con la marca de fábrica, La «Tambora Social», en uno de los parches las iniciales M. L., y en el opuesto, ó sea el de las retrancas, estas otras M. V.

Doy estas señas para que la persona que acredite ser el dueño del instrumento, pueda recogerlo.

—¡Te veo, besugo, que tienes el ojo claro!

Y que «en los periódicos y meetings socialistas las mayores y más acerbas censuras vayan dirigidas contra los demócratas y los republicanos».

Mientras ustedes no se pongan de acuerdo entre sí ¿qué confianza pueden tener los obreros en sus predicaciones?

Cierto, muy cierto que «las masas obreras, mal dirigidas por los que hoy se llaman sus apóstoles, enamoradas en fuerza de predicaciones insensatas, de un exclusivismo de clase tan funesto como absurdo, se han distanciado de los partidos afines»; pero no sin motivo como pretende el novel diputado republicano, sino con sobrado motivo como dicen los obreros y confirma el universo mundo.

Si los obreros se resolvieran á pelear, unidos con los republicanos, por el ideal común de la libertad y de la república, quizá lograrían cambiar de verdugo, pero de condición... ¡imposible!

Cierto que ahora se despepitan los republicanos por atraer hacia sí las miradas y simpatías de los obreros; pero ¿serán capaces de hacer algo bueno en beneficio de la clase trabajadora?

¡Sí, en puerta tenemos el Instituto del Trabajo, panacea universal capaz de curar, por sí sola, los males todos del proletariado!

¿No saben los obreros lo que es el Instituto del Trabajo?

Pues tranquilícense que tampoco lo sabe Adolfo Posada, ó, al menos, no sabe decirnoslo en letras de molde, de suerte que lo entendamos.

Y si no, véase la clase:

«Son los Consejos (Institutos del Trabajo) como un órgano que surge en la evolución de las sociedades actuales y en su consiguiente diferenciación de elementos á impulsos de la función indicada (¿cuál?); función primero difusa intermitente ineficaz, desorientada, pero que poco á poco y bajo el influjo de muy complejas causas tiende á especificarse, busca el aparato más adecuado á sus fines y naturaleza».

¿Verdad que está un poquito metafísica y enigmática la definición?

Pero, vamos, si aquí no se entiende lo que nos quiere decir D. Adolfo, en otra parte de su articulejo acerca de Los Consejos del Trabajo ya está un sí es no es más asequible, pues dice que la misión de esos Consejos ó Institutos del Trabajo es:

«ilustrar á la Administración nacional y á las municipales acerca de los intereses de los obreros, favorecer la buena armonía entre patronos y trabajadores y arreglar sus diferencias dictando resoluciones prontas y fácilmente aplicables en todas las cuestiones relativas al trabajo».

Muy bien parlao, D. Adolfo, y con relativa claridad.

Pero lo que ni yo entiendo, ni usted será capaz de explicarme es el pito que usted y Buylla van á tocar en ese Instituto cuya misión es ilustrar á la Administración nacional acerca de los intereses de los obreros.

Porque si el buen arriero ha de nacer entre las albardas, y, en lo posible ser hijo de los mismos burros, dígame por su vida el sociólogo ¿dónde han nacido ustedes y de quién son hijos, para que se les considere con títulos para ponerse al frente de ese Instituto?

¿Dónde, cuándo y con qué motivo han estudiado ustedes sobre el terreno, las necesidades de los obreros, para meterse á directores de su mejoramiento?

¿Qué experiencia pueden tener Buylla y Posada de lo que es el rudo trabajo de un bracero, ni los apuros financieros de un patrono para ser sus intermediarios?

¡Si al menos se tratara de Sela, que, según dicen, es Gerente de la imprenta de El Progreso y de las minas de El Peñón en Mieres!

Pero nada, estos pedagogos son así. En todo andan al revés: viven realmente en el país de los viceversas.

Su mal sino hace que los busquen para aquello que no sirven, y que no se utilicen sus servicios cuando pudieran tener ocasión de lucirse.

Como se luciría seguramente D. Aniceo en eso del Instituto.

Pero ¡los otros dos..!

Vaya, tengo para mí que Canalejas quiso jugarles una mala partida y por eso los llevó á Madrid; para ponerlos en evidencia.

¡Cuidado si es travieso Pepito, y si tiene mala intención!

Al único pedagogo que en eso del Instituto pudiera hacer un papel menos desairado, me lo deja fuera Canalejas.

Y me pesca á los otros dos que prácticamente no saben por dónde entran ni por dónde salen, en la cuestrión obrera, y los lleva... ¡al matadero!

¿Qué malot! ¡pero qué malo es don Pepito!

Y basta ya de comentarios, porque esto se va haciendo largo.

Quedamos, pues, en que los obreros no deben fiarse, ni poco ni mucho, de los republicanos pedagogos; porque unque procuran desempeñar bien su papel, tienen descuidos que les hacen enseñar la oreja. Sus halagos y promesas son canto de sirena con que pretenden seducir á las masas para atraerlas á su partido, fascinándolas con la esperanza de un soñado bienestar que jamás conseguirán en la forma que se lo ofrecen.

Y quedamos también, y esto es lo principal, en que según el Sr. Posada, testigo de excepción en la materia, el ideal de los obreros puede realizarse mejor con la monarquía de un estado católico, como Bélgica, que con la República ampliamente democrática y anticlerical de Francia, en donde cuentan los obreros nada menos que con un ministro socialista.

Y sin embargo Pablo Iglesias y Vigil y los líderes y órganos todos del Socialismo vienen un día y otro haciendo esfuerzos inauditos por arrancar la fe á los obreros y llevarlos á la impiedad y al ateísmo.

¿Por qué será?
¡Obreros, que os engañan!
¡Obreros, que os explotan!



VAPULEO

Lo digo á fé de *dómine*. No creí que el vapuleo escrito por mí en el número 15 de EL ZURRIAGO hiciera tanta pupa al bueno (y gordo) de Juan F. Jove, Presidente (con P mayúscula) de la Sociedad Caja de Socorros de los obreros de la Fábrica de Mieres.

¿Cómo había yo de pensar que la simple narración de un hecho, verdadero en todas sus partes, como fué lo de la carta de Juan al médico Sr. M., había de levantar ronchas de tal calibre en la ya dura epidermis de ese mi querido compañero y casi correligionario?

¿Cómo había yo de figurarme que la sencilla proposición que hice á Pablo Iglesias, para quitar ó dejar el uniforme al buen Juan, serviría para levantar de cascos y crispas los nervios á este mi querido correligionario y casi compañero?

La verdad es que muchas veces tropieza uno con gentes tan puntillosas, tan delicadas, tan... *tarán tan tan* que no sabe uno qué hacer para no caer en su desagrado y en sus enojos.

Hay gentes que muchas veces toman á mal que se les den los buenos días.

—Oiga V.; ¿á qué asunto me da usted los buenos días?

—Hombre,—contesta el interpelado— ¿qué tiene de particular esa costumbre buena y corriente?

—Es que á mí nadie me toma el pelo. Guárdese usted los buenos días, que yo no los necesito.

Bueno; pues de la quisquillosidad de esos quisquillosos parece que tiene una gran dosis el compañero Juan F. Jove, Presidente de la Sociedad Caja de ahorros, &, &.

El cual contesta á mi vapuleo anterior por medio de *La Escupidera* de Vigil, de una manera asaz fuerte y estrepitosa.

Tan estrepitosa como aquellos rebuz-

nos del celeberrimo corresponsal de *La Aurora* en Mieres.

Pasa, Juan, pasa y habla, que ya me tienes impaciente por escuchar la dulce y meliflua armonía de esos tus párrafos *auroriles*, escritos en descargo de tu conducta y en justificación de tus hechos.

Pasa y habla, ¡oh Juan magnánimo y por mil conceptos magnífico!

No te acobardes y desembucha.

Desembucha sin miedo, que prevenido estoy con algunos ejemplares de *La Aurora* para fregar con ellos lo que con tu *desahogo* manchares.

Vamos, cálmate y empieza.

«En Mieres, (*ya habla Juan*) existe una Sociedad que se titula Caja de Socorros de los Obreros de la Fábrica de Mieres...»

Ya sabemos que hay tal sociedad. Adelante, *Juanín*.

«... y de la que mis compañeros me nombraron presidente, cuyo cargo desempeño con el agrado de todos...»

Hombre, no tanto, no tanto. Alguno habrá que no esté conforme con tu cargo presidencial.

Además, es muy feo eso de darse bombo uno á sí mismo.

Cuando quieras que te toquen el bombo acude á *Trocas*, que tiene para ese instrumento la gran embocadura.

Aunque dicen malas lenguas que también la tiene superior para tocar el clarín... de cristal.

Pero esto del clarín yo no lo creo.

Todo menos eso *¿verdad, Trocas?*

Bien; dejemos ese parrafito y vamos al otro del insigne *Juanín F. Jove*.

«Este señor—dice Juan hablando del médico Sr. M.—expulsado de su cargo, se ocupa de mi humilde personalidad en un indecente periódico...»

¡Eh, eh, Juan, sólo... siégate, hombre, sólo... siégate, y escucha.

Ya te dije antes que darse uno bombo á sí mismo es muy feo; pero hablar sin ton ni son es peor.

Y meter las *extremidades* requetepeor. Sobre todo si las *extremidades* son de todo un señor Presidente.

Sí, amigo Juan, has metido el *remo* con tan mala sombra como le pudiera haber metido el más vulgar de los *Trocas*.

Porque me consta que el médico Sr. M. no ha tenido arte ni parte en nada de lo dicho por mí en EL ZURRIAGO sobre tu rozagante persona.

El Sr. M. vió con gran sentimiento que en EL ZURRIAGO se hablara del negocio que así ¡oh Juan! te revolvía la bilis.

No, no; el Sr. M. es ajeno á estas disputas. Lo escrito por mí, bajo mi responsabilidad está escrito.

Y debo decirte, amigo Juan, que yo supe esas cosas por un socialista que frecuenta el *Centro*, que paga (¡infeliz!) su cuota mensual y lee *La Aurora* en público (y EL ZURRIAGO en casa.)

Conque ten cuidado cómo escribes, y no te dejes llevar de la cólera, que es mala consejera.

Tan mala como los consejos de los *lealdades* socialistas.

Y ahora, vamos á ver, Juan.

¿Por qué llamas *indecente* á EL ZURRIAGO?

¿Puedes probar que EL ZURRIAGO vapuléo alguna vez valiéndose de la mentira, de la difamación, de la calumnia?

¿Puedes probarlo?

¡Qué has de probar tú, inflado y pretencioso Presidente!

No, no lo puedes probar; y, por consiguiente, eso de la indecencia tienes que tragártelo y conservarlo dentro de tu oronda barriga.

Que allí estará como en su propio sitio y viviendo como en elemento adecuado á su naturaleza.

Añade Juan que EL ZURRIAGO está escrito «por desdichados que se revuelcan en el fango.»

¡Mentira, *Juanín*, mentira!

Ninguno de los que escribimos en EL

ZURRIAGO nos hemos revolcado en el fango.

¡Buenas ganas de revolcarse en *lealdades* del socialismo!

¡Y en escritores *auroriles*!

Acaba Juan, llamando *inmaculada* á su conducta.

Está visto; Juan se empeña en *tocarse* el bombo, y sale con la suya.

¡Inmaculada!

¡Adios, Concepción!

El Dómine Giraldo

Mieres Mayo 1902.

Triquitraque

Respetos humanos (2ª)

Lo que el uso sanciona aunque sea ñoño, mil veces ridículo ó cataplasma con gérmenes de peste hubónica, pasa y se practica con aparato de tontos.

Empero lo que revienta de puro justo, razonable y bueno, se trata á puntapiés, se ridiculiza con risa de chino, ó con chinascas... y vamos andando ó tirando de un carro, que á tales extremos ó posiciones honoríficas pudiera llegar la moda con sus despóticos caprichos.

Hoy un lazo encarnado en el ojal de la solapa izquierda, mañana una mariposa de rabiosos colores en el sombrero á guisa de escarapela; otro día reunión para adherirse á una manifestación, que hace un año, ó tres, ó ciento, se verificó en Calatayud, contra las morcillas con calabaza, ó los zapatos con cartón; un domingo gorra terciada ó echada al cogote y mitin para berrear en *francés* (Waldeck Rousseauamente); un lunes copas y café desde las dos hasta las seis con una morena... por el carbón, sidra y caña para ser hombre, café y puro *pa* quitar el gusto, y cuartón *pa* coronar la fiesta y *pa* que rabie Vigil; un jueves una *toledana*, un viernes una *mica*; un sábado la más gorda; un domingo bronca; y el día menos pensado... jumentar á todo pasto.

Y que nadie chiste, porque ese *endividado* que sacude... el yugo... y se llama grande, libertino, ó libre, creado para destinos eternos, aunque galopee y gaste chaleco armado en dos palos se rebaje y equipare á los de razas degeneradas, cree groseramente poner una pica en Flandes, porque hace lo que quiere sin pedir cuartos á *naide*, y si le apuran hasta gana la... ración.

Empero ó manzano, que tocan á misa ó á confesar, ó á la novena, ó que pasa el Viático, ó que muere el amigo, y, si no hay en el corazón saña, se violenta por seguir la corriente y aparece sectario, y se ríe sin ganas, y se deja la *mollida* en el testuz, ó suelta cuatro frescas á la reacción y cuatro morenas á la telegrafía sin hilos y «cuando muera que le entierren» para que ocupe menos lugar.

¡Atras la reacción! En la reacción se esconden las antiguallas, fruslerías, invenciones de curas, el rosario de las beatas, las sandalias de San Cucufate y la ignorancia, etc., etc.

Yo, aunque uno de tantos, propongo lo siguiente: 3 + 2 = 5.

Nego consequentiam que quiere decir: A otro perro con esa ensalada á otro vago con esa *vigilia*, que eso era en tiempo de Maricastaña, pero hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, y 3 + 2 son 4, conque por cinco días que usted garrapéo le pago *cuatro*, y á callar se ha dicho, y vivan los adelantos y los *adelanteros* que nos sacaron de la ignorancia, y nos libraron del ominoso yugo de la Iglesia.

Otra:

—Invito á V. á tomar una ensalada en el Hotel *Oteran*.

—Muchas gracias, compañero, no puedo, ni la ciencia me lo permite: eso es antiguo y ya no se come.

—Entonces se...?

—Muchas gracias, repito.

—No hay de qué ni usted debe darlas, ya porque es antiguo el darlas, ya porque las de ustedes son una patadita en la boca del estómago, que es donde tienen el sentido común...

(Pues, señor, si voy á una procesión, al primero que se ría, le digo que los adelantos excomulgan al que se ría, que bastante, y á mandíbula batiente, lo han hecho ya Marx, Epicuro y Robinsón y otros muchos, y así iremos haciendo aplicaciones sobre el modelo y si no bastaren, cuando convenga me tomaré la justicia por la mano como hacen en Cataluña.

Un patu con nudos.

Zurriagazos

Hay en el Excmo. Ayuntamiento de Oviedo un concejal que vale tanto como *pasa*.

Y eso que *pasa* mucho el tal ciudadano. Es todo lo que se dice un buen mozo. Ya adivinan ustedes que me refiero á D. Emilio del Peso.

Y digo que este señor, como concejal, es una notabilidad.

A lo menos, por la lengua.

Me parece que habla más que todos los concejales juntos.

Es poco para el Sr. Peso el Ayuntamiento.

Debiera ser diputado.

¡Ojos que tal vieran!

No exagero al decir que D. Emilio habla en el Ayuntamiento más que una cotarra.

Veán ustedes los extractos que de las sesiones hacen los periódicos de Oviedo.

Y verán que casi siempre es el Sr. Peso el primero que hace uso de la palabra.

Y de la *pata* también.

Metiéndola, cuando menos, hasta la rodilla.

Y hundiéndola más todavía, cuando «abunda en las mismas razones» que Vigil ó Suárez, al decir de *La Aurora Social*.

Como sucedió cuando trató el Ayuntamiento de la invitación del alcalde de Madrid al de Oviedo para las fiestas ó acto de la jura del Rey.

Al Sr. Peso no se le ocurrió otra cosa sino decir que la invitación no era correcta.

¡Hombre, hombre, qué cosa tan singular!

Porque supongo que esa invitación habrá sido hecha en la misma forma que á los demás Ayuntamientos de España.

De los cuales ninguno se quejó, que yo sepa, por el motivo que alegó D. Emilio.

¡Afán de exhibirse como el que tiene este señor!..

¡Y de tirar piedrecitas!

* El compañero Suárez trató el asunto de otra manera, es decir, dió nuevas razones para que no se discutiese lo de la invitación.

Diciendo que el tratar de eso era un acto político en que no podía ocuparse el Ayuntamiento.

¡Un acto político!

¡Ea, hombre, era un simple acuerdo para corresponder á una invitación oficial y asistir á un acto que prescribe la Constitución y que no puede llamarse político!

El Sr. Peso abundó «en las mismas razones del compañero Suárez.»

Esto es, tocó el violón.

¡Y no se dan poca importancia los concejales socialistas llevando de reata el republicanismo!

Como que á cada paso escriben en su semanario:

«El Sr. Peso abundó en las mismas razones que el compañero Suárez.»

Pues entonces, el Sr. Peso es... el fonógrafo de Suárez.

Pero qué aficionadas son algunas personas á hablar del arquitebe!

Ahí tienen ustedes á Manolo el de *La Aurora* que no me dejará mentir.

Le he dicho muchas veces que no se

meta en camisas de once varas ó *siase* en arquitebes, y... nada, el hombre sigue tan impertérrito con los cornisamentos. ¡Qué mollera y qué manía dehome!

Pues ¡no da en la de procurar la reivindicación, etc., etc. de la clase obrera... trabajando con empeño digno de buena causa por arrancarle la fé religiosa!

Un día llama embustera á la Biblia.

Otro, niega verdades fundamentales del Cristianismo, apoyándose para ello en la Escritura cuya autoridad rechazara.

Al siguiente, acusa á la Iglesia de fomentadora de la ignorancia.

Sin cesar ridiculiza á los Ministros de la Iglesia.

En fin, sería el cuento de nunca acabar el referir todas las impiedades depositadas en el vertedero de este *petit* Voltaire.

* En el número último de su semanario leo lo siguiente:

PARA LOS CATÓLICOS. = Como la generalidad de los católicos desconocen de dónde proceden los dogmas y usos de la Iglesia romana y que ni uno solo reconoce como fundador á Jesús ó á los Apóstoles, pues (!) la iglesia de Roma se ha valido para crearlos en los siglos del oscurantismo, de la falta de instrucción de los pueblos, nos creemos en el deber de publicarlos.

Renuncio á comentar el parrafito porque él solo se alaba y da al autor derecho indiscutible á una silla... en la Academia.

Al cual párrafo siguen otros cortitos precedidos de este epígrafe: «Cuadros donde se ve la fecha de los dogmas y usos de la iglesia romana.» Los cuales cuadros huelen á *recopilación* de cierto trabajo protestante desde cien leguas.

Con lo cual crea demostrar el recopilador, por una parte, que los dogmas son de institución humana, puesto que han sido definidos en tal ó cual fecha; y, por otra, presume que causa mortal herida á la Iglesia diciéndonos que en el transcurso de los siglos ha introducido prácticas y usos nuevos.

No he de seguir á Galileo paso á paso por esas líneas dando respuesta adecuada á cada una de sus proposiciones; primero, porque me falta espacio en el periódico, y segundo, porque es triste perder el tiempo en demostrar la existencia de la luz á un ciego... voluntario.

Sólo en obsequio á los obreros que, sin conciencia de lo que hacen, pagan y leen *La Aurora*, voy á dar la lección número 500 al infatuado redactor.

Vigil y Carballeira, digo, Galileo (¡pícaro asociación de ideas! ¡como Carballeira es galileo!) Vigil y Galileo, repito, demuestran no saber lo que son *dogmas* ni *usos*.

Por eso incurren en el vergonzoso sofisma que los lógicos llaman *ignorancia del elenco*. Vamos, hablan del arquitebe.

Y si están persuadidos de lo contrario... me remito al desafío que quiero se tenga por inserto en este lugar.

La Iglesia, señor Galileo, no crea ni inventa dogmas: los define, cuando las circunstancias de los tiempos lo exigen ó lo aconsejan. Esto es; la Iglesia cuando salen mentecatos como Vigil ó hay galileos en la costa (que en todos tiempos los hubo) negando algo que pertenece al dogma declara, con autoridad infalible en virtud de la asistencia del Espíritu Santo, que tal ó cual proposición es doctrina revelada, por estar contenida en la S. Escritura ó en la Tradición divina, habiendo sido siempre creída por la Iglesia.

No todas las cosas que la Iglesia creyó siempre, fueron consignadas por escrito desde el principio, como sabe todo el que haya saludado la Historia eclesiástica y aun la profana.

En cosas tocantes á la disciplina sepa Galileo que la Iglesia puede abolir, derogar ó modificar lo que tenga por conveniente. Puede instituir y suprimir fiestas ayunos y abstinencias; aprobar nuevas prácticas piadosas, como el rosario, procesiones, etc. etc.

Lo que no puede es dar (¡Ave María Purísima, qué desperates lee uno!) «la ley de la *transubstanciación*». (¡Jesús, Jesús, qué barbaridad!)